

Poéticas de la ciudad

Edmundo Mercado C.

La historia del arte en Bolivia no se ha escrito todavía, pero en la actualidad sí se habla de la historia acaecida en los últimos cien años. A pesar de ello, es posible pensar poéticas que se escriben, como parte de la historia cultural de La Paz. Estas poéticas se hallan inscritas en muchos espacios, que no siempre han sido bien reconocidos por sus habitantes ni por los medios oficiales. Esculturas, pinturas, textos poéticos y otros monumentos perviven en la ciudad como un legado cultural que permanece a través de los siglos y que provienen de diversas fuentes de creación. Los espacios artísticos se ubican en sitios impensables, es por ello que, en este ensayo, se pretende realizar una lectura a los textos que están inscritos en el cementerio de La Paz como poéticas de la ciudad.

Muchas personalidades habitan con sus artes esta *otra ciudad*¹ y no se puede olvidar su legado. Estos seres han transitado por la asimétrica urbe y en algunos casos se han perdido en el olvido. El Pabellón de los Notables es el espacio donde habitan algunos textos poéticos sobre la ínclita Chuquiagu. Néstor Portocarrero le canta a La Paz su inmortal poética, el tango Illimani (1948). Este canto se eleva sobre la ciudad y se renueva en la sucesión de versiones que se realizan sobre la composición, una de ellas es la versión del pianista Guillermo Butikofer, el texto musical es un canto poético abstracto a La Paz. Esta poética se inscribe dentro de un texto “no tradicional” en Bolivia, como es el tango, sin embargo reafirma su permanente inspiración melancólica, influencia del romanticismo que atraviesa toda la cultura boliviana:

1 Me refiero al cementerio de la ciudad de La Paz.



Arturo Borda, *El resplandeciente*.

“Tierra mía mi canción como un lamento”. El tango Illimani único en su género marca una voz poética de La Paz, asume su propiedad sobre el espacio cultural –como el ultraísmo en el tango que se apropia de Buenos Aires– al mismo tiempo emplea dos lenguajes poéticos. El ciudadano: *Mi canción mi serenata, bajo tu luna de plata, cerca del amanecer y entre amigos con cerveza disipar esta tristeza y una vida nueva hacer*; y el lenguaje poético que se entreteje con metáforas propias del modernismo boliviano: *...desde el lago te han canto mil sirenas con sus voces de cristal*. La poética de Néstor Portocarrero ocupa los espacios culturales entre Sopocachi y Miraflores, el poeta transita su destino, *amar a la ciudad* –hay que observar que el río Choqueyapu media entre estos espacios poéticos, que hacen de sus diferencias una misma tradición. La producción artística en Bolivia atraviesa distintos espacios culturales, entre el romanticismo y el modernismo, pero el romanticismo llega a ser el movimiento predominante.

En el cementerio también habitan los “anónimos que firman con nombre y apellido”, estos seres han entregado con suma devoción su arte a la *ciudad*, aunque no siempre se los ha reconocido, ahí están sus trabajos y sus obras, a vista y paciencia de todos los estantes. Una lectura a de permitir abrir dichos espacios poéticos que permanecen en absoluto silencio, y que hablan, a través de los textos, con el tiempo, sujetos, movimientos y tendencias –este proceso puede remover el pensamiento sobre La Paz.

Las textualidades poéticas registran cantos de amor en la *ciudad-alma*, allí está el anónimo Eduardo que inscribe en el epitafio de su amada este poema:

Daríá C. de Eduardo
Cementerio General de La Paz
18 de junio de 1916

De la fe por el móvil impelido
llegó a pensar en mi dolor tenaz
voy a hallarte en el cielo bendecida
en el trono de Dios en ese nido
donde hoy moras en paz.
Y el cuervo de Poe Grazna en mi oído
¡Nunca más!

¡Nunca más! ¡Nunca más... Ah! No quisiera
consentir ese augurio en mi dolor,
mi alma inmortal la perfección espera,
Yo he de ver a mi dulce compañera,
ídolo eterno de mi eterno amor
luciendo entre los lampos de la esfera
como un Ángel de Luz y de Candor.

*Eduardo*²

El anónimo enamorado inscribe su amor, el poema a Daríá, que atraviesa el tiempo. Este texto pertenece a los monumentos de la *otra ciudad*, en la lápida aparece la escultura del busto de Palas, sobre su cabeza reposa el cuervo de Poe. Esta poética remite los sentidos hacia el poema de Poe, su amada deja este mundo y el cuervo replica: ¡Nunca más! ¡Nunca más! Daríá la amada de Eduardo está en otro espacio desde 1916, bajo el signo de Dios.

Gregorio Reynolds también ocupa espacios poéticos inscritos en la ciudad, en el Montículo del barrio de Sopocachi se encuentra su famoso poema “La Llama” y en la *otra ciudad* reside junto a sus palabras eternas escritas en su lápida.

Vivir sin hacer daño
Morirse de repente
Son la envidiable vida
Y la envidiable muerte³

² Este poema se encuentra en el nicho de Daríá de Eduardo, ubicado junto a la puerta de salida de la capilla del Cementerio General de la ciudad de La Paz.

³ Texto escrito sobre la tumba de Gregorio Reynolds.

Mientras Porfirio Díaz Machicao le canta a su muerte:

Cabeza flor del cuerpo
Misteriosa flor
Que apagó la muerte,
Su aroma fue el pensar
Ahora cabeza fría
Ahí está inmóvil
El último pensamiento
Convertido en niebla.

Los textos sobre la ciudad se suceden en silencio, como los habitantes y los futuros ciudadanos de la necrópolis van a seguir el camino de sus mayores, parte de su ser está en este otro espacio. La historia de la *meta-ciudad* espera su reconocimiento para dar luz a sus poéticas. Así la escultura de marina Núñez del Prado en la tumba de Gregorio Reynolds, habita junto al autor como emblema de su creación. La escultura guarda la simbología poética sobre la obra del autor, dos estéticas que se unen en el arte y en la otra vida.

La necrópolis recibe en sus espacios a diversas expresiones de arte, allí las relaciones se funden en un gran sincretismo cultural, de ello devienen los actores en tránsito permanente; los personajes ilustres descansan, así Félix Reyes Ortiz advierte en su canto a los visitantes.

Vosotros que pisáis la planta altiva
entrad aquí por el dolor cubiertos
que nunca la algazara de los vivos
ha de turbar la calma de los muertos⁴.

Al ingreso del cementerio se encuentra esta sentida advertencia, escrita sobre la pared que sostiene una antigua fuente de agua. ¡Acaso en este texto se reivindica el silencio del arte, que se despoja de la vana ambición de los mortales!

Allí permanecen otros habitantes como Jaime Saenz que, desde su cruz de madera propone sólo su presencia, Oscar Cerruto que comparte el mismo pabellón con José Eduardo Guerra y Claudio Peñaranda entre otros.

La ciudad contiene a las poéticas que le cantan, las guarda en su seno y sólo las devela a quienes ansían descubrir los cantos y encantos de La Paz. Permanecen los que están presentes a pesar del silencio, el tiempo y la muerte. Los espacios persisten con sus propias textualidades poéticas. Los discursos poéticos sobre la ciudad se encuentran dispersos en distintos espacios, y el cementerio no queda al margen.

⁴ Esta estrofa de Félix Reyes Ortiz se encuentra en el ingreso del Cementerio General de la ciudad de La Paz.

En la década de los años cuarenta surge una poética que tiene relación con la ciudad, Arturo Borda escribe y pinta sobre el resplandeciente Illimani, se registran muchas pinturas al majestuoso, además ensaya diversos textos literarios al guardián de la ciudad.

Día claro. Cielo azul. El Illimani. La Cumbre.

El Loco, extendiendo el brazo y la mano a la altura de sus ojos, girando sobre sus pies, señaló los horizontes y aspiró mucho aire, como queriendo absorber la inmensidad. E hincándose se puso en cruz a orar, elevando su vista al cielo⁵.



Arturo Borda, *El Illimani y la kantuta*.

El autor de *El Loco* amó como nadie al Illimani, *Achachila, Tata Apu*, no en vano eleva su oración y le brinda; hecho que también pinta, en su cuadro ¡Salud! aparece la mano de Arturo Borda brinda al Illimani, sostiene un vaso de agua que contiene una Kantuta. Arturo Borda ha pintado el Illimani hasta la locura y como herencia se pueden contar en la actualidad más de doce pinturas al Cónдор Blanco.

En otro espacio muy especial, habitan los ciudadanos de la otra ciudad, este espacio es el libro de Porfirio Díaz Machicao: *El Ateneo de los muertos*, en el texto se inscriben poéticas que en algunos casos tienen que ver con la ciudad, como bien el mismo autor reconoce a los creadores y a sus obras:

...estos que están aquí, ...con el resplandor santificado de su existencia y de su arte, hay muchas cosas que admirar y desentrañar, locos, taumaturgos, suicidas y señores; de tal jaez son los ilustres varones del Ateneo de los Muertos, institución que ahonda, desde la tumba, el surco de la cultura boliviana⁶.

5 Arturo Borda: *El Loco*. H. Alcaldía de la ciudad de La Paz. 1966. Pág. 1409.

6 Porfirio Díaz Machicao: *El Ateneo de los Muertos*. Ediciones Buri Ball. La Paz 1956 pág. 7.

En el libro habitan los creadores, allí perviven: Alcides Argüedas, Juan Francisco Bedregal, Arturo Borda, Juan Capriles, Armando Chirveches, José Eduardo Guerra, Carlos Medinaceli, Luis Mendizábal Santa Cruz y Nicolás Ortiz Pacheco entre otros. Están los que tienen que estar, y permanecen vivos en su muerte, como un desafío a toda la historia que todavía no se ha escrito. Como anticipación del canon de la literatura boliviana, estos nombres transitan la cultura a pesar de la ignorancia colectiva, de la ceguera de las instituciones que no apoyan reediciones de textos que habitan en el espacio de la muerte del arte. La conciencia del olvido es la preocupación de quien busca en las palabras de los muertos el reconocimiento de las obras de arte en peligro.

La ausencia de la historia del arte en Bolivia se ha puesto en evidencia, tal vez sea tiempo de pensar en ella. El estado actual de las cosas hace que las poéticas de la ciudad vayan desapareciendo sin la protección debida. No hay atención a los monumentos que están en peligro. Para corroborar esto es suficiente realizar una visita al Pabellón de los Notables del Cementerio General de la ciudad de La Paz.



¡Pobre joven!*

Luis Zalles

I

El año cincuenta y ocho,
Mes de febrero lluvioso,
Con un tiempo borrascoso
Y un aguacero fatal,
Al ir, envuelto en mi capa,
Con paraguas y con zuecos
Y todos los embelecos
De esa estación infernal;
Tropecé, no he dicho bien,
Se estrelló con mi persona
Un don Pánfilo Cardona,
De románticos la flor,
Yo, por ebrio lo tomé,
Sabe Dios si lo estaría,
Pero el hombre se caía
Harto de vino o de amor.
El sombrero por la cara
Agua le echaba a torrentes
Y murmuraba entre dientes
Algún verso sepulcral.
En desorden las melenas,
Pálido y desfigurado,
Torvo, raído, enlodado,
Daba espanto su mirar.
Al encontrón furibundo,
Fue rodando por el suelo,

* "Pobre Joven" (1858). Poema extraído de la *Lira Panceña*, 1875, dirigida por P. Joaquín Monje. Publicamos el poema de la Lira en lugar de aquel que sale desafortunadamente, en su poemario póstumo (1926).

Levantélo, y contra el cielo
 Quejas amargas alzó.
 Y exclamando: “¡He de morir!”...
 Dio conmigo en un zaguán
 Y allí su pena y afán
 Sollozando me contó.
 Yo, afligido con su muerte,
 (Pues iba ya a suicidarse)
 Lo invité para calmarse
 A entrar conmigo a un café.
 Luego pidió seis botellas,
 Huevos, bistek y tostadas,
 Sopa borracha, empanadas,
 Pluma, tintero y papel.

“Antes de morir, me dijo,
 Voy a hacer mi testamento;
 Voy a dar, con sentimiento,
 Mi eterno *adiós* a esa hurí.
 Ella llorará mi muerte,
 Ella honrará mis despojos
 Y en mi tumba, ante sus ojos,
 Gozaré con frenesí.”

Y el adiós puso a su amada
 Que era chola cigarrera,
 Muy bonita y zalamera
 Del barrio del hospital.
 A medida que escribía,
 Y a medida que tragaba,
 Su sien se desarrugaba
 Y aun se ponía jovial.

Cuando el verso estuvo escrito
 Me lo alargó muy ufano
 Sin dar al vino de mano,
 Y vivir me prometió.
¡Pobre joven! Por salvarle
 Pague la cuenta contento,
 Y el precioso documento
 Así decía: –¡Atención!

II

¡Horrible soledad!... ¡Noche angustiosa
En que mi pecho del dolor herido
Lanza sus ayes: y su atroz quejido
No encuentra un eco solo de piedad
¡Horrible situación!... Llena de vida
Sentir el alma, y a temprana muerte
Ser condenado por adversa suerte
Y marchar al *no ser*, sin vacilar!

¡Qué me ofreces, oh vida! sino instantes
Llenos de penas, –de dolor vehemente–
Y un afán de gozar siempre creciente,
Y en cada goce un desengaño cruel!
¿Qué presenta tu copa? –Sinsabores,
Ilusiones mentidas, duelo eterno
¡Y esta ardiente pasión con que el infierno
Brindó a mi pecho cual fingido Edén!

¿Cuál es mi porvenir?... ¿Cuál?... ¡Luto y llanto!
¡Mi presente, durísimo martirio,
Y el pasado, la noche del delirio
Entre angustias corrida y aflicción!
¡Huya la vida, pues; desaparezca
Este débil mortal que así padece,
Perezca el hombre cual la flor perezca
Como la noche ante la luz del sol!

Determinado estoy... venga la muerte
¡Maldito el día que nacer me viera!
¿Detendrá acaso el mundo su carrera,
Si hay un ser menos, –y un *cadáver más?*...
¡Cuán dulce es el morir, cuando la vida
No ofrece al hombre terrenal consuelo!...
¡Cuán dulce es el morir, cuando en el suelo
No hay esperanzas de contento ya!...

Oh, sí; ¡yo moriré! ¿Qué importa luego
Que mi cadáver insepulto y yerto
Espante al vulgo, al contemplar un muerto

Que sólo entonces descansar podrá?...

Oh, sí; ¡yo moriré!... ¿Qué importa luego
 Mi horrible aspecto, mi mortal semblante?...
 ¡No existe ser alguno que allí, amante,
 Por mí derrame llanto de piedad!

Y cuando me halle en polvo convertido.
 Borrada para siempre mi memoria,
 ¿Quién un recuerdo de mi triste historia
 En su afligida mente guardará?...
 –Mas ¡ai! ...que yo deliro, hermosa mía,
 ¡Ídolo caro de mi amor constante!
 ¿Cómo olvidarte pude un sólo instante,
 Cómo poderte, oh Dios, abandonar?...

¿Cómo, amada, he de dejarte
 En angustia sumergida?
 ¿Cómo prenda de mi vida,
 Destrozarte el corazón?...
 Tú que pagas mi cariño,
 Que me adoras, cual te adoro,
 ¿Has de verte a eterno lloro
 Condenada por mi amor?

¿Y agonía tan acerba,
 Tan terrible sufrimiento,
 Tan mortal padecimiento,
 Tu fineza alcanzará?...
 ¿Cuando esperes tu amante
 Llena toda de alegría,
 Un cadáver alma mía,
 Tu contento robará?...

¡Oh! Perdona si te aflige
 Mi apenado desvarío;
 “Vive,” dices, ¿ángel mío?...
 Pues bien, sí; ¡yo viviré!
 Y pensando noche y día
 En tu amor y tu ternura,
 Una vida de ventura
 Por ti, hermosa gozaré

Oh! No cause tu martirio,
Bello lirio
El mortal a quien adoras
Ni tus horas
Tu existencia haga infeliz!
Oh! No más mortal quebranto,
No más llanto
Por mi viertas, flor preciosa,
Cual la rosa,
Que es orgullo del ¡pensil!

Y pues sola en ti descansa
Mi esperanza,
¿Cómo puedo no adorarte
Y mirarte,
Como a mi única deidad?
¿Cómo entregarme a la muerte,
Si mi suerte
Te interesa y tú me ordenas
Que mis penas
Ya no vuelva a recordar?...

Si, tú triunfas, y la vida
Me es querida:
¡Cese el llanto, cese el duelo,
Que mi anhelo
Es vivir por ti, mi bien!
Y en un mundo de delicias
Mil caricias
Mil halágos prodígate
Y adorarte
¡¡¡Será todo mi placer!!!

III

Así, dando fin al verso
“Gracias, hermosa,” esclamaba,
Y las copas apuraba
Con indecible placer
Al fin le sirvió de almohada
El mullido pavimento,
Y a mí de eterno contento
Aquella alma que salvé.